

Septiembre 12

"Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa."

Hch.:31.

Este Evangelio propio para un hombre con una espada a su garganta, es el Evangelio adecuado para mí. Me serviría si me estuviese muriendo, y es todo lo que necesito mientras viva. Aparto mi mirada del yo, y del pecado, y de toda idea de mérito personal, y confío en el Señor Jesús como el Salvador que Dios ha dado. Creo en Él, descanso en Él, y lo acepto para que sea mi todo en todo. Señor, yo soy salvo, y seré salvo para toda la eternidad, pues creo en Jesús. Bendito sea Tu nombre por esto. Que yo demuestre diariamente por mi vida que soy salvo del egoísmo, y de la mundanalidad, y de toda forma de mal.

Pero en cuanto a esas últimas palabras acerca de mi "casa": Señor, no me iré con media promesa cuando Tú ofreces una promesa completa. Te suplico que salves a toda mi familia. Salva a mis allegados más amados. Convierte a los hijos y a los nietos, si tuviera algunos.

Derrama Tu gracia sobre mis sirvientes, y todos los que moran bajo mi techo, o que trabajan para mí. Tú me haces esta promesa personalmente, si creo en el Señor Jesús; te suplico que hagas conforme has dicho.

En mi oración diaria voy a mencionar los nombres de todos mis hermanos y hermanas, padres, hijos, amigos, parientes, sirvientes, y no voy a darte descanso hasta que esa palabra sea cumplida: "y tu casa."

Septiembre 13

**"También sus cielos destilarán rocío."
Dt. 33:28.**

Lo que representa el rocío para el mundo de la naturaleza, en el Oriente, así es la influencia del Espíritu en el reino de la gracia. ¡Cuán grandemente la necesito! Sin el Espíritu de Dios soy una planta seca y marchita. Me doblego, desfallezco y me muero. ¡Cuán dulcemente me reanima este rocío! Una vez que soy favorecido con él, me siento feliz, vigoroso, elevado. No necesito nada más. El Espíritu Santo me trae vida, y todo lo que la vida requiere. Sin el rocío del Espíritu, todo lo demás es menos que nada para mí: oigo, leo, oro, canto, me acerco a la mesa de la comunión, y no encuentro ninguna bendición en todo ello, hasta que el Espíritu Santo me visita. Pero cuando Él me riega, todo medio de gracia es dulce y beneficioso.

¡Qué promesa es esta para mí! "También sus cielos destilarán rocío." Seré visitado por la gracia. No me quedaré en mi sequía natural, o en el ardiente calor del mundo, o en el simún de la tentación satánica.

¡Oh, que en esta precisa hora sintiera el suave rocío silente y saturador del Señor! ¿Por qué no habría de sentirlo? Aquel que me ha hecho vivir como vive la hierba en el prado, me tratará como trata a la hierba: me refrescará desde lo alto. La hierba no puede pedir el rocío como yo puedo hacerlo. Seguramente, el Señor que visita a la planta que no ora, responderá a Su hijo suplicante.

Septiembre 14

"Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman."

Stg. 1:12.

Sí, es bienaventurado mientras está soportando la prueba. Ningún ojo puede ver esto mientras no haya sido ungido con el colirio celestial. Pero debe soportarla, y no debe ni rebelarse en contra de Dios, ni apartarse de su integridad. El que ha atravesado en medio del fuego y no ha sido consumido como una falsificación, es bienaventurado.

Cuando la prueba hubiere terminado, entonces viene el sello de la aprobación divina: "la corona de vida." Como si el Señor dijera: "que viva; pesado ha sido en balanza, y no fue hallado falto." *La vida* es la recompensa, la realización del propósito divino concerniente a nosotros. Una forma más elevada de vida espiritual y gozo coronan ya a aquellos que han pasado con seguridad las pruebas más fieras de fe y de amor.

El Señor ha prometido la corona de vida a quienes le aman. Sólo los amantes del Señor soportarán en la hora de la prueba; el resto se hundirá, o se abatirá, o regresará al mundo.

Vamos, corazón mío, ¿amas tú a tu Señor? ¿Verdaderamente? ¿Profundamente? ¿Enteramente? Entonces ese amor será probado; pero las muchas aguas no podrán apagarlo, ni lo ahogarán los ríos. Señor, que Tu amor alimente mi amor hasta el final.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Septiembre 15

“Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión.”

Is. 32:2.

Todos sabemos de Quién se trata. ¿Quién podría ser sino el Segundo Hombre, el Señor del cielo, el Varón de dolores, el Hijo del hombre? ¡Qué escondedero ha sido Él para Su pueblo! Él propio soporta la plena fuerza del viento, y así protege a aquellos que se esconden en Él. Hemos escapado de esta manera de la ira de Dios, y de esta manera escaparemos de la ira de los hombres, de los cuidados de esta vida, y del temor de la muerte. ¿Por qué nos exponemos al viento cuando podríamos estar pronta y seguramente protegidos si nos ocultáramos detrás de nuestro Señor? Corramos a Él en este día, y estemos en paz.

A menudo el viento común de la aflicción se levanta en su fuerza y se vuelve una tempestad, barriendo todo lo que se le pone enfrente. Las cosas que parecían firmes y estables se sacuden por el ventarrón, y muchas y grandes son las caídas entre nuestras confianzas carnales. Nuestro Señor Jesús, el Hombre glorioso, es un refugio que no es abatido nunca. En Él observamos la tempestad rugiendo, pero nosotros mismos descansamos en deleitable serenidad.

Hoy debemos refugiarnos en nuestro escondite, y sentarnos y cantar bajo la protección de nuestro albergue. ¡Bendito Jesús! ¡Bendito Jesús! ¡Cuánto te amamos! Bien hacemos, pues Tú eres para nosotros un escondedero en el tiempo de tormenta.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Septiembre 16

“Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.”

Mt. 10: 42.

Pues bien, yo podría hacer al menos eso. Podría realizar un acto de amabilidad para con el siervo del Señor. El Señor sabe que amo a todos los discípulos, y consideraría un honor lavar sus pies. Por causa del Señor amo a los discípulos.

¡Cuán agraciado de parte del Señor es mencionar una acción tan insignificante: “dar un vaso de agua fría”! Por pobre que sea, yo puedo hacer eso: puedo hacer eso, por humilde que sea: y lo haré de buena gana. El Señor se da cuenta de eso aunque parezca tan pequeño: lo advierte cuando es hecho al más insignificante de Sus seguidores. Evidentemente, no es el costo, ni la destreza, ni la cantidad, lo que Él mira, sino el motivo: eso que hacemos a un discípulo, por ser un discípulo, es visto y recompensado por el Señor.

Él no nos recompensa por el mérito de lo que hacemos, sino de conformidad a las riquezas de Su gracia.

Yo doy un vaso de agua fría, y Él me da a beber del agua viva. Yo doy a uno de Sus pequeñitos, y Él me trata como a uno de ellos.

Jesús encuentra una apología para Su liberalidad en aquello mismo que Su gracia me ha conducido a hacer, y dice: “de cierto os digo que no perderá su recompensa.”

Septiembre 17

“El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano.”

Sal. 92: 12.

Estos árboles no están apoyados en una espaldera ni son podados por el hombre: las palmeras y los cedros son “árboles de Jehová”, y es debido a Su cuidado que florecen; lo mismo ocurre con los santos del Señor, pues Él los cuida especialmente. Estos árboles están siempre verdes y son objetos hermosos en todas las estaciones del año. Los creyentes no son santos algunas veces y algunas veces son impíos: ellos permanecen en la belleza del

Señor bajo todos los climas. Estos árboles llaman la atención en todas partes: nadie podría contemplar un paisaje en el que hubieren palmeras o cedros sin que su atención se fijara en estas alturas reales. Los seguidores de Jesús son observados por todos los observadores: como una ciudad asentada sobre un monte, no se pueden esconder.

El hijo de Dios florece como una palmera que empuja toda su potencia hacia arriba, en una columna erecta sin una sola rama. Es un pilar con un glorioso capitel. No crece hacia la derecha ni hacia la izquierda, sino que envía toda su fuerza hacia el cielo, y da su fruto tan cerca del cielo como sea posible. Señor, cumple este tipo en mí.

El cedro enfrenta todas las tormentas, y crece cerca de las nieves eternas, y el propio Señor lo llena con una savia que conserva su corazón cálido y sus ramas son fuertes. Señor, que así sea conmigo, te lo ruego. Amén.

La Chequera de la fe. Spurgeon.

Septiembre 18

“A Benjamín dijo: el amado de Jehová habitará confiado cerca de él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará.”

Dt. 33: 12.

Sí, no hay confianza comparable a la que proviene de morar cerca de Dios. Para Sus bienamados el Señor no podría encontrar un lugar más firme y seguro. Oh Señor, permíteme morar bajo Tu sombra, cerca de Tu costado traspasado. Quiero acercarme más y más a Ti, mi Señor; y una vez que esté especialmente cerca de Ti, quiero morar allí por siempre.

¡Qué albergue es provisto por el Señor para Su escogido! No es un techo seguro el que lo cubrirá, ni un búnker antibombas, ni siquiera el ala de un ángel, sino el propio Jehová. Nada puede dañarnos cuando estamos protegidos de esta manera. Este abrigo nos concederá el Señor durante todo el día, sin importar cuán largo sea. Señor, concédeme morar en este día conscientemente bajo este dosel de amor, bajo este pabellón de poder soberano.

¿Cuál es el significado de la tercera frase? ¿Significa que el Señor en Su templo morará en medio de las montañas de Benjamín, o que el Señor quiere estar allí donde esté colocada la carga de Benjamín, o significa que somos cargados en los hombros del Eterno? En cualquier caso, el Señor es la ayuda y la fortaleza de Sus santos. Señor, que goce yo siempre de Tu ayuda, y entonces mis brazos me bastarán.